



Vicente Riva Palacio

Como si bajo la acción de la misteriosa flor del beleño un hada bienhechora nos hubiera arrebatado del mundo en que vivimos, un día nuestra alma se sintió colmada de dicha: nuestros sentidos gozaron como hasta entonces nunca habían gozado. Bajo el *ahuehuate* secular, que parece haber sacudido su frondosa copa por encima de las aguas del diluvio, sobre un suelo tapizado de brillante verdura, esmaltado de mil pintadas florecillas, percibíamos los particulares aromas de la gardenia y de la azalia, de la magnolia y de la verbena, la luz se irisaba en el variado y rico plumaje de los colibríes y llegaban á nuestros oídos las dulcísimas armonías del parlero *huitlacoche*; veíamos como en el azul brillante del firmamento formaban caprichosos dibujos

las columnas de humo que se escapaban del seno de la tierra, por los ígneos cráteres; acá y allá, entre escabrosas rocas, nos parecía ver saltar gotas de preciosos metales; á veces sentíamos sobre nuestra frente el abrasador y perfumado hálito de una mujer hermosísima, que nos contemplaba con sus ojos negros como el fondo de un volcán, como él ardiente, y sobre todo esto el majestuoso rumor de las azules ondas en que se retrata el cielo.

En la realidad no habíamos visto nunca el hermoso país en que tantas bellezas se reúnen, y nuestra sorpresa fué grande, pues al sacudir la cabeza notamos que no dormíamos; no había, pues, hada bienhechora, ni encantos, ni prodigios, y sin embargo la halagadora ficción existía, veíamos todo lo expuesto, pues á hacerlo ver y á mucho más alcanza la prodigiosa musa de un poeta mexicano que se llama Vicente Riva Palacio.

Perdone al improvisado cuanto audaz crítico, que sólo así podemos llamarnos, la llaneza con que tan respetable nombre enuncia. Añeja costumbre fué tratar así á los poetas sin fijarse en que ellos merecen los más elevados tratamientos; y cuando con esta audacia, propia de nuestra ignorancia, nos atrevemos á presentar en nuestra patria al que es ya gloria de la suya, sólo como poeta lo hacemos, pues lejos. muy lejos nos llevaría el quererlo presentar al par que como eminente vate, como distinguido general, que en la región de Oriente luchó

valeroso por la independencia de su patria y como importante hombre público que, encargado de la cartera de Fomento, tantas mejoras ha sabido introducir y tantas ventajas ha reportado á su país. No puede ser nuestro ánimo presentar á Riva Palacio en el esplendente conjunto que sus condiciones forman, pues de éstas unas con otras se excluyen; apenas se concibe que el soldado poetice, y si rara vez lo hace, son sus composiciones hijas de los campos de batalla, concebidas en los aprestos militares, dadas á luz en medio del zumbido de los cañonazos, al rojizo resplandor de los disparos; casi siempre huelen á pólvora y pocas veces, mejor ninguna, encierran la dulce sencillez, la plácida ternura que son, á nuestro modo de ver, los dos imprescindibles elementos de la poesía en que se goza.

El sentimiento del poeta que ahora presentamos, no se ha estrangulado con la faja de general que tan dignamente ciñe, su musa parece haber surcado siempre los ámbitos de la región serena donde no hay espinas que destruyan su ropaje; virgen del amor, no ha cruzado por campos yermos, donde los hombres se destrozan en fratricida lucha, sino que por el contrario parece que jamás pisó otra cosa que rosas; sus manos son suaves, su aliento delicado y en el mirar de sus ojos hay un algo que convida á la paz y hace olvidar la guerra. Riva Palacio, hijo de la Nueva España, nació en el mediodía de ella, y aquel mediodía, por lo que

hemos leído y oído de los que de allá vienen, á juzgar por los que de allí hemos tratado, tiene gran semejanza con nuestra querida Andalucía, tierra por la que de continuo el corazón solloza y que de pertenecer á ella estamos orgullosos. De ella tal vez fueron los primeros que con Cortés llegaron á las inhospitalarias playas de Veracruz; allí dejaron sus hábitos, sus costumbres, su lenguaje, sus gustos y sus aficiones, y al circular en nuevos seres sangre por mitad árabe, por mitad india, sintieron en Homeyas sin perder nada de los Aztecas; sacudieron la cabeza y sintiendo dentro del pecho más que corazón un volcán que á su cuerpo lleva la lava que de él rebosa, admirando con el mayor número de elementos de que ya podían disponer aquella naturaleza con toda la hermosura de su salvajismo, con todas las galas de su espontaneidad, constituyeron una clase en la que se advierten condiciones tan contradictorias como las que constituirían al híbrido personaje que por igual fuera mujer para el sentimiento, hombre para la lucha, tigre para los odios, paloma para el querer.

Con estas condiciones, Riva Palacio habrá guardado para sus cargos militares lo que no es sentimiento, ternura, pura idealidad, pues todo esto lo tiene exclusivamente como poeta.

No sabemos por qué, mas es lo cierto que el mayor número de los poetas de aquel continente con que Colón al descubrirlo probara la grandeza de Dios, se han cuidado muy poco de

difundir el conocimiento de sus obras; parece que están convencidos de que llegará un día en que mecidas en las ondas del Océano, lleguen á nosotros sus armonías para cautivarlos, por lo que dichosa y felicísima casualidad podemos calificar á la que nos da á conocer á cada uno de los vates que allá florecen. Años hace que Riva Palacio ocupa un puesto distinguido entre los literatos de México y sólo hace muy poco que tan feliz nueva llegó á nosotros, pues si más de una vez antes su nombre llegó á nuestro oído, débese al importantísimo papel que representó en la tenaz lucha que sostuvieron aquellos dignos republicanos contra la invasión francesa, que tan valientemente supieron rechazar. Al decir esto conviene establecer una esencialísima diferencia, pues no pertenece el distinguido repúblico que estudiamos al grupo de los guerrilleros sin ley y sin conciencia que, procurando más que nada el medro personal, se lanzaron al campo creyendo que lo único que debía hacerse era verter sangre á torrentes, llevar el fuego y la desolación á todas partes imponiéndose por el terror y dignos sólo de figurar entre malhechores fuera de la ley. No, Riva Palacio, lo mismo en la guerra que en la paz, ha sido siempre un perfecto caballero; hombre de pingüe fortuna no se lanzó á la pelea haciendo el papel de pescador y revolviendo el río; fué porque á ello lo llamaban venerandas tradiciones de familia: nieto de aquel que murió por la

independencia de su patria, no podía permanecer inactivo cuando el extranjero procuraba robarles de nuevo la independencia, y el que tan vivo debía mantener los recuerdos de aquel ascendiente suyo á quien en Méjico se debe la abolición de la esclavitud, no podía ver indiferente que poco á poco se iba sacrificando de nuevo las libertades, cima de pesarosos días para la patria. La toga que podía vestir dignamente por haberla ganado en regulares estudios universitarios, la dejó para vestir el uniforme de soldado, y gracias á su pericia y á su valor consiguió en el ejército lo que gracias á su talento é ilustración ha conseguido en el terreno literario, llegar á los primeros puestos.

Cuando por primera vez publicamos estos estudios, conocíamos sólo un reducido número de composiciones, hijas del numen de Riva Palacio, insertas las más en la *Lira Mejicana*, publicada por el distinguido joven diplomático Juan de Dios Peza, sabiendo, sin embargo, que con igual facilidad cultivaba todos los géneros literarios.

Poeta dramático, ha recibido en la escena coronas de gloria que eternizarán su nombre; como novelista, ocupa un puesto entre los más distinguidos de su país, y al servicio de la novela ha puesto ciertamente sus buenas cualidades como prosista, los conocimientos adquiridos de remotas edades y civilizaciones pasadas, así como también lo mucho que aprendió en las campañas que ha servido. Lle-

nas de vida sus novelas, comenzadas á leer no se dejan de la mano, y una vez terminadas, no se sabe qué apreciar más, si la paciencia del investigador que domina en unas ó la invectiva del novelista propiamente hablando que campea en otras. Con algunos de sus personajes sabe hacer querer, con otros lleva al más refinado odio, los cuadros en unos sonrientes y seductores, impregnados de los encantos de aquella naturaleza que tan perfectamente descrita está en algunos pasajes de *Calvario* y *Tabor*; en otras las escenas son lúgubres, tétricas, alumbradas, en fin, con hachones de la Inquisición como en *Memorias de un impostor*. Es lástima que en algunas de ellas se haya hecho eco de pasados odios y rencores que aun deben avivarse con su lectura. Que los españoles como dominadores fuimos malos, lo sabemos, ¿pero hubo algunos mejores?... Cuentan que Guatimozín en el tormento al escuchar las lamentaciones de los que sufrían con él, les dijo con serena calma: «¿Creéis que me hallo en las delicias del baño?» y es bien seguro que imitando al desgraciado monarca, nuestros antepasados, al escuchar los quejidos que las torturas inquisitoriales arrancaba á los del poeta, les hubieran podido decir tristemente: «El santo tribunal no nos baña en agua de rosas.»

Estudiado Riva Palacio en sus poesías, espejo en que el autor se revela, se comprende que es, ó mejor dicho debe ser de los hombres que se transparentan; alma grande,

corazón gigante que siente lo más ligero, que responde á lo más grande, del mismo modo que el flexible junco besa las aguas del torrente cuando orea ligero vientecillo, ó las azota si es impelido por el fuerte vendaval que todo lo barre. El sentimiento, como condición del sér no se educa, nace con nosotros, y superior á nosotros mismos, nos caracteriza de una manera inequívoca, de un modo tal, que iguala á las demás facultades, y se nos califica por él; de aquí que cuando de México se escriba una historia militar, el puesto que en ella ocupe Riva Palacio como distinguido general que es, será tan elevado como el que le toque sin que quepa dudarle, en la historia de aquella literatura, grande como el cielo, brillante como el sol que alumbra, riquísima como el deseo. La poesía lírica fué siempre patrimonio de los hombres, que con exquisito sentimiento pueden apreciar los menores movimientos del alma, y que disponen de facultades bastantes para expresarlos en bella forma. A nosotros siempre, por esta razón, nos pareció digno de mayor preeminencia el poeta lírico, y entre éstos los que pueden por sí sólo hacernos sentir y pensar. Las grandes proezas de la humanidad registradas en la historia, que más tarde han servido de fondo á composiciones poéticas, llaman la atención por los mil elementos que las componen, y nos entusiasman y nos agitan por la misma razón que nos conmueve y nos anima la lucha de los pueblos en medio de los que

vivimos, y de los que en suma formamos parte. Pero la sensación anímica de un individuo al que muchas veces ni conocemos siquiera, tiene que ser de una expresión grandiosa para que halle eco en las concavidades de nuestro espíritu.

En más de una ocasión lo hemos afirmado en nuestros trabajos; á la espontaneidad de la naturaleza acompaña la espontaneidad del espíritu, y nunca como cuando aparece un pueblo hay tantos elementos que exciten el ánimo y hagan bullir el alma. La criatura, en cuyo cerebro aun no puede sorprenderse rastro de idea, la criatura que acaba de abandonar el claustro materno, no abre los ojos á la luz por la fuerte impresión que le produce, y del mismo modo el sér, al abrir su alma á la sociedad, al encontrarse en presencia del mundo, ha de experimentar especiales sentimientos que, traducidos al lenguaje común, forman el número incalculable de composiciones á cuyo género pertenecen las del distinguido general Riva Palacio. Aquel país que en la tradición cuenta como primera gloria literaria á Nezahualcoyolt, parece que por sus especiales condiciones está llamado á ser el punto á que se acuda en épocas posteriores cuando se quieran estudiar grandes líricos: tal vez esta afirmación no encuentre fundamento en el transcurso del tiempo, pues éste, modificándolo todo, sugiere las expansiones, nutre el cerebro á expensas del corazón, y el artista, en vez de perma-

necer admirando la casa de locos que constituye el hombre como microcosmos, canta el universo haciéndose épico, ó pone en relación sus sentimientos con los ajenos, formando el compuesto literario que se llama poesía dramática, pero hoy, que es á lo que debemos atenernos, apenas si se encuentran más que líricos, y quiera quien todo lo puede que nuestra opinión no ofenda, pero nos parece que si algunos hicieron manifestaciones en otros géneros, fué más que porque para ello se sintieron aptos, por no seguir la tan trillada senda que los demás siguen.

Debemos arrepentirnos de haber dicho la tan trillada senda, pues nuevo nos debe parecer siempre un camino, si en él hallamos algo que constantemente llame nuestra atención, que nos consuele y que deleite; novedad hallaremos siempre en las investigaciones comenzadas desde el principio si poco á poco se va descubriendo la que parece su complemento, pues á pesar de la existencia que el mundo cuenta, diariamente encontramos algo que nos sorprenda, todos los días percibimos algo que ignorábamos.

Todas las rosas se parecen, y sin embargo, dos rosas no son iguales; todos los hombres sentimos, y varios son en sus manifestaciones; aman todas las mujeres, y unas causan alegrías infinitas, y otras dolores eternos; porque tal variedad cabe dentro de la unidad del sentir, que ni siquiera es posible enumerarlas. En

esto nos afirmarían si alguna duda tuviéramos las composiciones de Riva Palacio, pues tal es su originalidad, que bien puede correr parejas con flores riquísimas de aquel país, que es hoy para nosotros edén perdido; nos sirve de consuelo, sin embargo, el que á sus puertas no hay ángel con flamígera espada que nos vede la entrada, sino brazos cariñosos que tal vez nos estrecharán cuando lleguemos. El romance, el apólogo y el soneto: hé aquí las variedades de la lírica, con cuyo cultivo hará eterno su nombre el poeta que estudiamos, y en cada una de estas manifestaciones lo examinaremos detenidamente por lo mucho que merece.

En aquellos tiempos en que ya para el mundo todo, eran fulgurantes los destellos de una nueva edad, en la que el espíritu podría sacudir las terribles trabas que hasta entonces lo habían contenido, porque la humanidad con nuevas fuerzas se disponía á ganar lo perdido; cuando dorados dedos comenzaban á descorrer el velo tupido que casi en absoluto había privado de luz, España aun no entraba en el general consorcio; la losa que comprimía al espíritu pesaba fuertemente, y aunque en nuestros dominios jamás se ponía el sol, era un sol filtrado al través de cienientas nubes, semejante al frío y opaco que luce á intervalos en lluviosos días. Moralmente hablando las condiciones de nuestro país, durante el reinado del segundo monarca de la casa de Austria, son de todos bien conocidas; las notas de su